

gando, buscando sus compañías y no encontrándolas, los soldados aislados, los pequeños grupos, toda aquella lamentable é interminable cola de soldados, estropeados y rebeldes, que el ejército había ido sembrando á lo largo de los caminos durante aquella marcha forzada.

Juan, tan pronto como encontró su regimiento, fué á buscar al teniente Rochas para darle el parte. Le encontró con el capitán Beaudoin que conferenciaba con el coronel; se hallaban los tres delante de la puerta de una taberna muy preocupados de los soldados que faltaban. A las primeras palabras que el cabo dirigió al teniente, el coronel Vineuil, que las había oído, hizo que se acercara, obligándole á que lo refiriera todo. Su larga cara amarilla, animada por unos ojos muy negros que hacían resaltar aun más los blancos cabellos y largos bigotes, expresó al oír el relato del cabo, una desolación muda.

—Mi coronel,—dijo el capitán Beaudoin sin aguardar á conocer la opinión de su jefe,—hay que fusilar á media docena de esos bandidos...

El teniente Rochas aprobaba la opinión del capitán moviendo la cabeza, pero el coronel hizo un gesto de impotencia.

—Son muchos... ¿cómo quieren ustedes fusilarlos? ¿son cerca de setecientos! ¿A quién vamos á fusilar entre tantos?... Además, ya saben ustedes que el general no quiere, pues dice que en Africa no ha castigado nunca á un soldado... No, no; no puedo hacer nada. Esto es horrible.

El capitán se atrevió á repetir:

—Esto es horrible... esto es el acabóse.

Juan se retiraba, cuando oyó al comandante Bouroche, á quien no había visto, de pie, delante de la taberna, murmurar palabras sueltas... ¿No hay disciplina, no hay castigos?, pues se acabó el ejército; antes de ocho días los jefes recibirán puntapiés de los soldados, mientras que si se hubiese fusilado en el acto á unos cuantos, los otros tal vez se hubiesen corregido.

Nadie fué castigado. Algunos oficiales de la retaguardia que escoltaban los carros del convoy, habían tenido la precaución de hacer recoger las mochilas y los fusiles á lo largo del camino y sólo faltaron unos cuantos; los soldados recibieron de nuevo el armamento al amanecer, furtivamente, para echar tierra al asunto. Se había dado orden de levantar el campamento á las cinco de la mañana: pero á las cuatro se despertó á los soldados y se precipitó la retirada sobre Belfort, ante el temor de que los prusianos se hallasen á dos ó tres leguas de distancia. Hubo que contentarse otra vez con galleta; las tropas estaban cansadas de aquella noche demasiado corta y febril, sin recibir nada caliente en el estómago. Nuevamente, aquella mañana, el orden de marcha se vió comprometido con tan precipitada salida.

Fué una jornada peor aún que la anterior, de una tristeza infinita. El aspecto del país cambió por completo: habían entrado en un país montañoso, los caminos subían y bajaban por pendientes plantadas de abetos y los estrechos valles, cuajados de plantas, florecían lucientes como el oro. Pero á través de aquellos campos brillantes, á favor del sol de Agosto, el pánico se extendía más alocado á ca-



da momento, desde la vispera. Un nuevo telegrama recomendando á los alcaldes previnieran á los habitantes la conveniencia de ocultar los objetos preciosos, acababa de llevar el espanto á su colmo. ¿El enemigo estaba allí? ¿Quedaría tiempo para salvarse? Y todos creían oír que aumentaba el ruido sordo de la invasión, ese ruido de río desbordado, que ahora en cada nueva aldea se agravaba con un nuevo espanto en medio de los clamores y de los lamentos.

Mauricio marchaba con paso de sonámbulo, los pies sangrando, los hombros aplastados por la mochila y el fusil. Ya no cavilaba, avanzaba con la pesadilla de lo que veía; y alrededor de él, la idea de burlarse de los compañeros había desaparecido, sólo veía á Juan á su izquierda, extenuado por el mismo cansancio y el mismo dolor. Aquellas aldeas que atravesaban ofrecían un aspecto doloroso, inspiraban una piedad que angustiaba los corazones. En cuanto asomaban las tropas que iban de retirada, aquella desbandada de soldados reventados y maltrechos, arrastrando las piernas, los habitantes todos se ponían en movimiento, preparándose para huir. ¡Ellos que estaban tan tranquilos quince días antes, toda aquella Alsacia que aguardaba la guerra con entera confianza, convencida de que se batirían en Alemania! ¡Y ahora, Francia estaba invadida y era en su país, alrededor de sus hogares, en sus campos, donde la tempestad estallaba, como uno de esos terribles huracanes de rayos y granizo que aniquila una provincia en dos horas. Delante de las puertas, en medio de una horrible confusión, los hombres cargaban los carros, amontonaban los

muebles, aun á riesgo de estropearlos todos. Arriba, por las ventanas, las mujeres tiraban el último colchón, sacaban la cuna que quedaba olvidada, ataban al niño dentro, y colocaban la cuna en lo alto de la carreta entre las patas de las sillas y mesas volcadas. En otra carreta, se ataba por detrás, contra un armario, al abuelo inválido, que se llevaban como un mueble más. Después se veía á los que no tenían carro, que amontonaban su mobiliario sobre una carretilla, y otros se alejaban con su ajuar debajo del brazo; algunos, sólo se habían acordado del reloj de pared, que apretaban contra su corazón, como si fuera un niño. No había medio de recogerlo, ni llevarlo todo; muebles abandonados, paquetes de ropa demasiado pesados, se dejaban á la orilla del río. Algunos, antes de abandonar sus casas, las cerraban cuidadosamente; las casas parecían muertas, con las ventanas y puertas cerradas, mientras que otros, la mayoría, con la prisa de abandonarlo todo, con la seguridad desoladora de que todo sería destruído, dejaban las viejas casas, las ventanas y puertas abiertas sobre el vacío de los cuartos desamueblados; y eran las más tristes, de una tristeza horrible de ciudad conquistada, despoblada por el miedo, aquellas pobres casitas, abiertas á todos los vientos, de donde habían huído hasta los gatos, con el presentimiento de lo que iba á suceder. En otras aldeas, el lamentable espectáculo aumentaba en tristeza, el número de gentes que huían era mayor cada vez, entre los atropellos crecientes, los lamentos, las lágrimas y los juramentos de rabiosa tristeza.



Mauricio, que andaba á lo largo de la carretera, sentía que la angustia le ahogaba. A medida que se acercaban á Belfort, la cola de los fugitivos se apretaba, formando un cortejo sin interrupción. ¡Ah! ¡las pobres gentes creían encontrar un asilo en los muros de la plaza! El hombre arreaba al caballo, la mujer seguía, arrastrando á los pequeñuelos. Familias enteras se apresuraban, dobladas bajo el peso de los fardos, desbandadas, los niños no podían seguirles, cegados por la blancura del camino que calentaba un sol de plomo. Muchos se habían quitado los zapatos y marchaban descalzos para correr más, y madres apenas vestidas, apresuraban el paso, dando de mamar á niños que lloraban. Las caras, asustadas, se volvían hacia atrás, hacían gestos como para cerrar el horizonte, en aquel ambiente de pánico, de terror, que enloquecía las cabezas, y en aquel aire que hacía flotar los vestidos, mal atados. Otros, aldeanos ricos, acompañados de todos sus criados, se lanzaban á campo atravesado, empujando delante de ellos los rebaños sueltos, las ovejas, los bueyes, las vacas, los caballos, que habían sacado á estacazos de las cuadras y se dirigían á las alturas en demanda de las selvas desiertas, levantando el polvo de las grandes emigraciones, como cuando en otras ocasiones los pueblos invadidos cedían su puesto á los bárbaros conquistadores.

Iban á vivir bajo tiendas de campaña, en algún circo formado por las rocas solitarias, tan lejos de los caminos, que ningún soldado se atrevería á arriesgarse para llegar hasta ellos. Y las humaredas volantes que les acompañaban se perdían de

trás de los bosques de abetos, con el ruido que producían los mujidos y los cascotes del ganado, mientras que en la carretera, la oleada de carros y de peatones pasaba siempre molestando á las tropas, tan compacta en las cercanías de Belfort, con una fuerza tan irresistible de torrente desbordado, que fué preciso hacer alto algunas veces.

Durante una de aquellas paradas, Mauricio presenció una escena, cuyo recuerdo conservó como el de una bofetada recibida en pleno rostro.

A la orilla del camino se encontraba una casa aislada, la de un pobre aldeano, cuyas escasas tierras se extendían por detrás de ella.

Aquel hombre no había querido abandonar su hogar, sujeto á aquel suelo por profundas raíces, y como se quedaba allí, no pudiéndose alejar sin dejar trozos de su propia carne, veíasele en una salita baja, alicaído sobre un banco, mirando con ojos extraviados desfilar aquel ejército, cuya retirada íbale á hacer entregar el trigo maduro al enemigo. De pie y á su lado, se hallaba su mujer, joven aún, tenía un niño pequeño en brazos, mientras otro se agarraba á sus faldas; y los tres se lamentaban. Mas, de pronto, en el marco de la puerta, abierta con violencia, apareció la abuela, una mujer muy vieja, alta, delgada, con los brazos desnudos, parecidos á cuerdas nudosas, que movía furiosamente. Sus cabellos grises que se escapaban de la cofia, revoloteaban alrededor de su descarnada cabeza y tenía tal rabia, que las palabras que gritaba, se ahogaban en su garganta, incomprensibles, como en un hipo de agonía.

Al pronto los soldados se echaron á reír.



—¡Estará loca!—se dijeron.

Después llegaron á sus oídos algunas palabras; la vieja gritaba:

—¡Canallas! ¡bandidos! ¡cobardes! ¡cobardes!

Con voz cada vez más chillona, escúptales al rostro, lanzábales el insulto y hasta su cobardía á todo vuelo. Cesaron las risas, un escalofrío recorrió las filas. Los hombres bajaban la cabeza y miraban á otra parte.

—¡Cobardes! ¡cobardes! ¡cobardes!

Bruscamente, pareció que aún aumentaba su estatura. Se encrespaba trágicamente, envuelta en un jirón de su vestido, trazando líneas con su largo brazo del Oeste al Este, con un gesto tan inmenso que parecía llegar al cielo.

—¡Cobardes! ¡el Rhin no está allí! ¡el Rhin está allá! ¡cobardes! ¡cobardes!

Por último, volvieron á emprender la marcha y Mauricio, cuya mirada se encontró en aquel momento con la de Juan, vió que los ojos de éste estaban preñados de gruesas lágrimas. Sintió un espasmo que aumentó su pesadumbre, al notar que hasta los brutos habían sentido la injuria que no merecían, pero que había que aguantar. Todo se desvaneció en su pobre cabeza dolorida; nunca pudo recordar cómo había acabado la etapa, aniquilado por los horribles padecimientos físicos y morales.

El 7.º cuerpo había empleado el día entero en recorrer los veintitres kilómetros que separan á Dannemarie de Belfort; y de nuevo la noche se venía encima; era muy tarde cuando las tropas pudieron instalar su campamento, bajo las murallas de la plaza, en el mismo sitio donde habían acampado

cuatro días antes, para marchar contra el enemigo. A pesar de lo avanzado de la hora y de la fatiga enorme, los soldados quisieron encender la lumbre y hacer el rancho. Desde la salida, era la primera vez que metían en el estómago algo caliente. Y alrededor de las hogueras, en la noche fresca, las caras se hundían en los platos, y los gruñidos de satisfacción empezaban á dejarse oír, cuando un rumor circuló, creció, estalló, llenando de asombro al campamento entero. Dos nuevos telegramas habían llegado en aquel momento: los prusianos no habían pasado el Rhin en Markolsheim y no quedaba uno solo en Huningue. El paso del Rhin en Markolsheim, el puente de barcas instalado á la luz de grandes focos eléctricos, todas aquellas noticias alarmantes, eran sencillamente una pesadilla, una alucinación del subprefecto de Schelestadt. Y en cuanto al cuerpo de ejército que amenazaba á Huningue, el famoso cuerpo de ejército de la Selva Negra, ante el cual temblaba Alsacia, sólo estaba compuesto de un infimo destacamento de wurtemburgueses, dos batallones y un escuadrón, cuya hábil táctica de marchas y contramarchas repetidas, y apariciones imprevistas y repentinas, había hecho creer que se trataba de un cuerpo de ejército de treinta á cuarenta mil hombres. ¡Y pensar que durante aquella mañana habían estado á punto de hacer volar el viaducto de Dannemarie! Veinte leguas de una región riquísima acababa de destrozarse, sin motivo alguno, por causa del más necio de los pánicos; y los soldados, al recordar lo que habían visto durante aquella lamentable jornada, los habitantes huyendo alocados, llevando sus



ganados al monte, la oleada de carros cargados de muebles corriendo hacia la ciudad, entre el rebaño de niños y de mujeres, se incomodaban.

—¡Ah, esto pasa de la raya!—decía Loubet, con la boca llena y moviendo su cuchara.—¿Era ese el enemigo con quien íbamos á pelear? ¡Pues si no había nadie!... Doce leguas para allá, doce leguas para acá, y sin encontrar una mosca delante de nosotros. ¿Y todo por qué? ¡Por haber tenido miedo!

Chouteau, que á la sazón fregaba su plato con fuerza, empezó á decir pestes contra los generales, sin nombrarlos.

—¡Vaya unas calabazas! ¡si serán burros! ¡vaya unas liebres que nos ñan tocado en suerte! ¿Si han echado á correr así cuando no había nadie, que hubieran hecho si se hubiesen encontrado con un verdadero ejército delante de sí?

Habían echado una nueva carga de leña al fuego que lanzó al aire una gran llamarada, y Lapouille, que se calentaba tranquilamente las piernas, se echó á reír con una risa de idiota, sin comprender nada de lo que decían, hasta que Juan, que había empezado por hacerse el sordo, se atrevió á decir paternalmente:

—¡Eh, callarse! que si les oyen podrían castigarles.

El mismo, con su buen sentido, comprendía la torpeza de sus jefes. Pero era preciso hacerles respetar, y como Chouteau gruñía aún, le cortó la palabra.

—¡Cállese usted! Ahí viene el teniente; si tiene usted alguna queja... diríjase á él.

Mauricio, sentado aparte, había bajado la cabeza. Aquello era, en efecto, el acabóse.

Apenas había empezado y ya había concluído. Aquella indisciplina, aquella rebeldía de los soldados en los primeros contratiempos, hacían del ejército una facción sin lazos de ningún género, desmoralizada y dispuesta para todas las catástrofes. Allí, bajo los muros de Belfort, no habían visto aún á los prusianos y ya estaban vencidos.

Los días que siguieron fueron, con su monotonía, bastante tristes. Para ocupar las tropas, el general Douay las empleó en trabajos de defensa de la plaza que eran muy incompletos. Se removía la tierra con rabia y se cortaban las rocas. ¡Y sin una noticia! ¿Dónde estaba el ejército de Mac Mahon? ¿Qué hacían en Metz? Los rumores más extravagantes circularon, aumentados por algunos periódicos de París, cuyas contradicciones mantenían al ejército en los tinieblas. Dos veces había escrito el general pidiendo órdenes sin obtener contestación.

Sin embargo, el 12 de Agosto, el séptimo cuerpo se completó con la tercera división, que llegaba de Italia; pero de todos modos sólo había allí dos divisiones; porque la primera, derrotada en Fræschieller, había sido arrastrada en la retirada, sin que se supiese aun á donde la había llevado la corriente. Luego, después de una semana de abandono, de separación total con el resto de Francia, un telegrama trajo la orden de marcha. Fué recibida la orden con alegría, pues todo era preferible á aquella vida entre murallas. Y durante los preparativos, empezaron de nuevo las preguntas, pues nadie sabía á dónde iban: unos decían que iban á defender



á Strasburgo, mientras que otros hablaban de una marcha atrevida hacia la Selva Negra, para cortar la retirada á los prusianos.

Al siguiente día por la mañana, el 106º salió uno de los primeros, amontonado en wagones. El wagón donde se encontraba la escuadra de Juan, estaba lleno, hasta el punto de que Loubet decía que no tenía sitio ni para estornudar. Como el reparto de provisiones acababa de hacerse una vez más en medio del mayor desorden, los soldados, que habían recibido en viveres, estaban casi todos borrachos, pero con una borrachera violenta y vocinglera que se desahogaba cantando canciones obscenas. El tren rodaba y no se veían las caras en el vagón que el humo de las pipas anegaba en espesa niebla; reinaba allí un calor insoportable, la fermentación de aquellos cuerpos amontonados; mientras que del coche negro que huía, salían vociferaciones que dominaban el estrépito producido por las ruedas, que iban á perderse á lo lejos en los campos sombríos, y sólo al llegar á Langres, comprendieron las tropas que regresaban á París.

—¡Vive Dios!—repetía Chouteau, que reinaba ya en su rincón, como amo indiscutible, por su gracia —con seguridad que nos van á llevar á Charentonneau, para impedir que Bismarck vaya á dormir á dormir á las Tullerías.

Los otros se reían, encontrando aquello muy gracioso, sin saber por qué.

Verdad es que los menores incidentes del camino hacían prorrumpir en carcajadas ensordecedoras. Los aldeanos, colocados en los linderos de la vía,

los grupos de gentes, ansiosas de saber algo, que aguardaban el paso de los trenes en las estaciones del tránsito, con la esperanza de obtener noticias, toda aquella Francia, azorada, calenturienta, ante la invasión. Y las gentes, llegadas así, con la ansiedad natural, al paso de los trenes, recibían las bocanadas del humo de la locomotora y la visión rápida del tren, ahogado entre el vapor y el ruido, los aullidos de toda aquella carne de cañón, acarreada en gran velocidad. En una estación en donde hubo una parada, tres señoras muy elegantes, que repartían á los soldados tazas de caldo, tuvieron una ovación. Los hombres lloraban al dar las gracias y las besaban las manos.

Algo más lejos, las canciones y gritos infames volvieron á empezar. Y sucedió que un poco después de Chaumont, el tren se cruzó con otro cargado de artilleros que iban conducidos á Metz. La velocidad de los trenes había sido disminuida, y los soldados pudieron fraternizar en medio de un horrendo clamoreo. Pero los artilleros, que tal vez estaban más ebrios, sacando las manos fuera de los vagones, lograron hacerse oír lanzando este grito con tal violencia y desesperación, que pareció cubrirlo todo:

—¡Al matadero, al matadero, al matadero!

Aquello fué como si hubiera pasado un gran frío, un viento helado de osario. Hubo un momento de silencio, durante el cual pudo oírse la voz de Loubet:

—No van muy contentos los compañeros.

—Pues tienen razón,—dijo Chouteau con su voz de taberna;—es repugnante enviar así un montón



de hombres para que se rompan la cabeza por cosas que no les importan y de las que no saben ni una palabra.

Y continuó hablando.

Era el que los pervertía, como obrero holgazán de Montmartre, el pintor de brocha gorda, bullanguero y amigo de divertirse, que no había digerido bien los discursos oídos en las reuniones públicas, mezclando borricadas repugnantes con los grandes principios de igualdad y libertad. Lo sabía todo, quería hacer prosélitos entre los compañeros, sobre todo en Lapoulle, del que había prometido hacer un hombre.

—¡La cosa es bien sencilla! Si *Badinguet* (1) y Bismarck tienen una disputa, que se arreglen entre sí á puñetazos, sin molestar á cientos de miles de hombres que no se conocen y no tienen ganas de matarse.

Todo el vagón se reía, distraído y conquistado. Lapoulle, sin saber quién era *Badinguet* é incapaz de decir si se peleaba por un emperador ó un rey, repetía con un aire de coloso niño:

—¡Eso es, á puñetazos, y después á echar unas copas!

Pero Chouteau había vuelto la cabeza hacia donde estaba Pache, con quien entabló nuevamente conversación.

—Lo mismo que tú, que crees en Dios. Dios ha prohibido que se maten los hombres. Entonces, ¡pedazo de animal! ¿á qué has venido?

—¡Caramba!—replicó Pache—no he venido por mi gusto... pero ¿y los gendarmes?

(1) Apodo de Napoleón III.

—¡Los gendarmes! ¿y qué?, como si no existieran... ¿Sabéis lo que debíamos de hacer, si fuéramos todos hombres de temple?... Pues cuando lleguemos y salgamos de estas jaulas, escaparnos, sí; escaparnos tranquilamente, dejando á ese indecente de *Badinguet* y á toda su caterva de generales de tres al cuarto, que se las arreglen con esos bestias de prusianos.

Estallaron aplausos; la perversión obraba y Chouteau triunfó entonces exponiendo sus teorías, con las que andaban mezcladas como en agua turbia, la república, los derechos del hombre, la podredumbre del imperio, que había que tirar al suelo, la traición de todos los jefes que los mandaban, vendidos por un millón cada uno, como estaba probado. El se proclamaba revolucionario; los otros no sabían aún si eran republicanos, ni de qué modo podían serlo; excepto Loubet, el cocinero de la escuadra, quien también tenía su opinión, no habiéndose ocupado nunca más que en hacer el rancho; pero todos, arrastrados, gritaban contra el emperador; los oficiales y todo lo que les molestaba y á los que abandonarían en la primera ocasión, y atizando su borrachera que subía de punto, Chouteau atisbaba á Mauricio, al señorito, á quien distraía y cuya compañía le llenaba de orgullo, tanto, que para ponerle de su parte, se le ocurrió la idea de arremeter contra Juan, inmóvil y adormecido hasta entonces en medio del barullo, con los ojos medio cerrados. Desde aquella dura lección dada por el cabo al voluntario, á quien obligó á recoger su fusil, si éste conservaba aun algún rencor hacia su jefe, aquella era la ocasión de poner á los dos hombres frente á frente.



—¡Como algunos á quienes conozco, que han hablado de hacernos fusilar!—añadió Chouteau, amenazador; —¡algunos pillos que nos tratan peor que si fuéramos animales, que no comprenden que es muy natural que cuando no podemos con mochilla y fusil los tiremos al suelo para ver si echan crías! ¿Qué dirían esos, si ahora que los tenemos arrinconados los tirásemos á la vía?... ¿Estamos? Hay que hacer un ejemplo para que no nos fastidien más con esa guerra. ¡Mueran los chinchel! ¡Mueran á Badinquet! ¡Que mueran los que quieren que nos matemos!

Juan se puso rojo; la sangre se le había subido á la cabeza, cosa que le ocurría pocas veces. Aunque estaba pensando por sus vecinos, como en un barril de sardinas, se levantó, con los brazos tendidos y la cara encendida, con expresión tan imponente, que Chouteau palideció:

—¿Quieres callarte, bandido? Hace algunas horas que no digo nada, puesto que no tenemos jefes, ni aún puedo meteros en el calabozo. Creo que hubiera prestado un buen servicio al regimiento quitando de enmedio un granuja como tú... pero oye: desde el momento en que los castigos no sirven, tendrás que entendértelas conmigo. Aquí ya no hay más cabo, no hay más que un hombre á quien estás reventando, y que te va á cortar la lengua... ¡cobardel! No quieres batirte y quieres impedir á los otros que se batan... ¡Repítelo si te atreves, cobardel!

Todo el vagón, entusiasmado con la conducta de Juan, abandonaba á Chouteau que tarfamudeaba, retrocediendo ante los puños de su adversario.

—Lo mismo que á ti me importa á mí un bleo Badinguet, ¿lo oyes? Nunca me han importado nada la república ni el imperio, y hoy, como otras veces, cuando trabajaba en el campo, no deseo más que una sola cosa: la felicidad de todos, el orden y los buenos negocios... A nadie le gusta batirse, pero esto no impide que á los canallas que, como tú, vienen á desalentarnos cuando ya tenemos tantas penas, diga que es conveniente fusilarlos. ¿Para qué? compañeros ¿no se os enardece la sangre, cuando os dicen que los prusianos están en Francia y que es preciso echarlos?

En aquel momento, merced á esa facilidad que tienen las muchedumbres para cambiar de opinión, los soldados aclamaron al cabo, que prometía su promesa de romper la cabeza al primero de la escuadra que hablase de no batirse. ¡Bien por el cabo, ahora si que se le iban á ajustar pronto las cuentas á Bismarck!

Y en medio de la salvaje ovación, Juan, más tranquilo, dijo cortesmente á Mauricio, como si no se hubiese dirigido á uno de sus soldados:

—¡Caballero, usted no puede estar entre los cobardes... deje usted, todavía no nos han pegado, y Dios mediante, acabaremos nosotros por pegar á esos infames prusianos!

En aquel momento, Mauricio sintió calor en el corazón. Se sentía humillado y presa de grande emoción. Pues qué ¿aquel hombre era algo más que un patán?

Y recordaba el horrible rencor, el odio que hubo de inspirarle cuando le obligó á recoger su fusil, que había tirado al suelo en un instante de desfalle-



cimiento. Pero repuesto también de su emoción, cuando vió las gruesas lágrimas que rodaban por las mejillas del cabo y recordó la vieja abuela, con sus cabellos grises al aire, que los insultaba señalándoles el Rhin, allá, detrás del horizonte... ¿Era acaso la fraternidad de las mismas fatigas y de los mismos dolores sufridos juntos, lo que se llevaba así su odio? El, de familia bonapartista, no había siquiera soñado nunca con la república más que teóricamente y más bien sentía compasión por el emperador; opinaba por la guerra, impuesta por la condición misma de la vida de los pueblos. Súbitamente, la esperanza volvió á apoderarse de él en uno de aquellos repentinos cambios que eran familiares á su imaginación, mientras que el entusiasmo que una tarde le había llevado á sentar plaza, volvía á renacer en él, alegrando su corazón con la certidumbre de la victoria.

— ¡Tiene usted razón, cabo, — dijo alegremente, — los derrotaremos!

El vagón rodaba, rodaba siempre, llevando su cargamento de hombres, con la espesa humareda de las pipas y el calor malsano de los cuerpos amontonados, lanzando en las estaciones que atravesaban, á los aldeanos asustados, de pie á lo largo de la vía, sus canciones obscenas en el espasmo de la borrachera. El 20 de Agosto llegaron á París, á la estación de Pantin, y aquella misma noche volvieron á salir, para desembarcar al día siguiente en Reims, ya en camino para el campamento de Chalons.

III

Con gran sorpresa notó Mauricio que el 106.º bajaba á Reims y recibía allí la orden de acampar. ¿No iban, pues, á Chalons, para reunirse al ejército? Y cuando dos horas después, el regimiento formó los pabellones de armas á una legua de la población, del lado de Bouceilles, en la vasta llanura que se extiende á lo largo del canal, del Aisne al Marne, su extrañeza aumentó aún, al saber que todo el ejército de Chalons se replegaba desde por la mañana é iba á acampar en el mismo sitio. En efecto, de un extremo á otro del horizonte, hasta Saint-Thierry y la Neuville, aun más allá del camino de Laon, se veían tiendas de campaña, y las hogueras de los cuatro cuerpos de ejército arderían allí aquella noche. Seguramente había prevalecido el plan de tomar posiciones al alcance de París, para aguardar allí á los prusianos y esto los llenó de júbilo; ¿no era acaso el plan más prudente?

En aquella tarde del 21 de Agosto, Mauricio se paseó por todo el campamento en busca de noticias. Eran muy libres, la disciplina parecía haberse aflojado; todavía los hombres entraban y salían á gusto suyo. El pudo volver tranquilamente á Reims, donde quería cobrar una libranza de 100 francos que le había enviado su hermana Enriqueta.

En un café oyó hablar á un sargento del pésimo espíritu que predominaba en los 18 batallones de la guardia móvil del Sena, que acababan de regresar á París. El 6.º batallón, especialmente había estado á punto de asesinar á sus jefes. Y allá, en el cam-